



NO LLEGARÍA A IMAGINAR

HE COULDN'T IMAGINE

NO LLEGARÍA A IMAGINAR HE COULDN'T IMAGINE

Carlos Gabriel Chávez Reyes

Nota sobre el autor:

Licenciado en sociología por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Maestrante en Ciencias Sociales en la Universidad Veracruzana. Poeta y cuentista.

El autor no tiene ningún conflicto de interés al haber realizado este texto literario.

Remita cualquier duda sobre este texto al siguiente correo electrónico: chavezreyescarlos8@gmail.com

Recibido: 23/09/2024 ▪ Aceptado:30/10/2024



Copyright(c) 2024 Carlos Gabriel Chávez Reyes. Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Resumen

El presente texto es un cuento que combina el suspenso y el terror, pero también la soledad, la (ir) realidad, e inclusive el amor, y la poesía para contarnos brevemente los últimos momentos de vida de Jaime Madrazo, su protagonista.

Palabras clave: *Cuento, Muerte, Delirio, Nostalgia, Desamor.*

Abstract

This text is a story that combines suspense and terror, but also loneliness, (un)reality, and even love, and poetry to briefly tell us about the last moments of the life of Jaime Madrazo, its protagonist.

Keywords: *Story, Death, Delirium, Longing, Heartbreak.*

Él no llegaría a imaginar la insoportable neblina descansando sobre Xalapa, más sigilosa y húmeda que otros lugares; las personas caminan rápido, el sol y las nubes encima de ellos representan una permanente rivalidad; floreciendo en la ciudad sigilosa un frío cálido, una tarde gélida, unas personas avanzando en espiral hacia atrás y hacia adelante. Es inverosímil la neblina cubriendo las calles, tapando el rostro a las personas sigilosas sobre la ciudad ignorando la lucidez del cielo pobre.

No hay perros callejeros ni frío que los moleste; hay pescaderías sin pescados, plazas comerciales estacionadas frente a los autos hundidos a través del tiempo; árboles erguidos e imantados en los parques; vagabundos cubriéndose con el propio resquicio del frío. Hay personas cubriendo las calles, tapando el rostro a la neblina. Hay un cielo que avanza y retrocede, una Xalapa frente a los ojos de todos que te reconoce y te niega al mismo tiempo, que cae en la misma clarividencia de las tardes donde nadie descansa ya sobre la imaginación, sobre la insoportable ciudad, sobre la pobreza.

Jaime Madrazo fue un vigilante de cuarenta y ocho por cuarenta y ocho horas, apenas llegaba a su departamento a dormir, apenas en la vecindad donde rentaba lo veían durante el día. Si acaso algunos vecinos podían escuchar ruidos durante la madrugada, apenas y tenían la menor sospecha de que alguien habitara dicho departamento. Fueron meses, hasta incluso años, que pensaron que por los ruidos a tan alta hora de la noche podría ser un marchito fantasma alimentándose nada más que de pura vigilia. Solo los vecinos que tenían más tiempo viviendo en aquella vecindad llegaron a saludar a Jaime, pero los rumores supersticiosos y amedrentadores de todos hacían que dudaran de haber conocido a un ente indistinguible y con aspecto solitario.

El departamento que rentaba Jaime Madrazo era de dos pisos, muy convencional pero desalineado a su pobre presupuesto. No le gustaba mucho, pero fue el único que estuvo disponible en el momento en que se mudaron a la ciudad. Aquel vecindario en general tenía una fachada muy rígida: podía olerse la ausencia, palpase la humedad con los ojos. El sol apenas entraba dentro de los departamentos extendiéndose por los comedores tan apretados; los techos se caían sigilosamente en pedazos de polvo como relojes premonitorios de arena apresurando el tiempo. Todos allí dependían para lavar sus trastes, su ropa o sus dientes, de una pileta llena de agua que se llenaba cada cuatro días, y reutilizaban el agua que le sobraba a un vecino. Se podría decir que más que compartir el agua en aquel lugar, compartían la miseria.

Jaime Madrazo tendría en aquel momento cuarenta y tres años, aunque aparentó siempre ser de setenta y nueve años. Venía de vivir en Acapulco, donde nació y creció respectivamente. Tuvo una vida tenue y al mismo tiempo tenaz: piel morena, un cuello muy largo que, en un buen día de lucidez y abstracción, podía confundírsele con las alas extendidas de un albatros taciturno en la orilla del mar. Tuvo una hija de ojos verdes aceitunados como los de su esposa, pero con un físico más parecido a él, sobre todo en la tonalidad de la piel y en lo prematuramente alta; y otro hijo de ojos rasgados y demasiado peludo del rostro que habían pensado que nació sin ojos.

Lucero Soto fue su esposa, a quien había conocido aproximadamente catorce meses antes de casarse con ella. De acuerdo con la misma declaración delirante y nostálgica de Jaime: *encontrar a Lucero en aquella fondita de comida casera, fue como haber descubierto un nuevo mar en sus ojos, como encontrar la tempestad del olvido y la paciencia del amor* (Madrazo, 2004).

Lucero fue siempre tan alta como Jaime, pero más robusta que él, tanto que llamaba muy poco la atención para los hombres, pues solía ser cortejada solo por los niños y adolescentes del barrio que veían en ella una amistosa esperanza de maternidad.¹

Ambos se habían enamorado suspicaz y vehementemente durante el día en que se conocieron. No hicieron otra cosa que conversar y aprenderse todo lo uno del otro durante la tarde y luego, durante la noche, en un muelle alejado de la podredumbre, anticipando los diecinueve años que estuvieron juntos, buscando escurrirse de las tragedias, que hasta habían olvidado la compilación de las horas y la angustia² de sus padres, porque no querían ser molestados por nada que no fuera la misma eternidad de la muerte.

Su relación, a lo largo de los tantos meses compartidos, mostró constantemente signos de honestidad, de amor, de respeto, pero también de temperamentos depresivos, de despropósitos, de amnesia, de fantasías y hasta de ilusiones, en parte por ir a vivir en otro estado del país lejos de sus familias, lejos de los miedos y la discriminación, lejos del desconsuelo; y en parte por la desaparición

1 Dolor: amar sobre todas las cosas. Persignación, letanía: madre, ten piedad de nosotros. Llevar a los hijos a la escuela. Hacer la mejor cena del mundo. Inocencia, regaño, desesperación: ir por el mandado, encontrar las cosas que se creían desaparecidas en la alacena. Recoger a los hijos de la escuela. Preocupación insólita, risa escandalosa. Tener la razón extravagante del mundo.

2 Como perder el último transporte a tu casa. Llegar tarde al trabajo o a la escuela. Muerte: estar perdido. Libro con la última página arrancada. Embarazo. Examen extraordinario. Penal en contra al minuto noventa más tres.

ción con sus hijos a tan temprana edad —y de los cuales jamás volvieron a saber algo—, tan solo a dos años después de haberse establecido en Xalapa. Además, Lucero Soto, años más tarde, había amanecido tirada muerta fuera de su departamento de mediocre y lúgubre fachada, que irradiaba un infatigable silencio y una ostentosa infelicidad en la vecindad.

Una mañana, después de los dos días seguidos de jornada de trabajo, Jaime Madrazo venía llegando de regreso a su casa para descansar, pareció haber ignorado la silueta de una mujer frente a las escaleras de su departamento, quizá por traer consigo un cúmulo de insomnio por la guardia, o por la inconcebible euforia y desesperación por sus hijos, que al intentar subir el primer el escalón de la entrada había pisado la mano del cadáver de su ya difunta esposa, sin querer.

(...)

Desde ese momento, yo, que dije alguna vez que no existía mayor tragedia³ que el desamor a los padres, había descubierto el desamor a uno mismo. Haberte pisado la mano, Lucero (más que encontrarte muerta, pienso), fue ver mi dolor reflejado en tu apagada aura, ver el vacío interés de la vida transmitido en tu nariz inmóvil, el eco ilógico de la muerte. Pienso, ver tu boca sangrando, arrastrándose tu soledad junta a la mía por el suelo, frente a la casa, fue como alejarse aquella tempestad del olvido y la quietud del amor que algún día encontré en ti.

Por un momento quería tener la fuerza suficiente para meterte a la casa y tener una última cena como si fuera un día normal, con nuestros hijos corriendo por el comedor y escondiéndose en alguna parte. ¿Recuerdas?, eran buenos jugando a eso, me tardaba hasta horas en encontrarlos mientras tú solamente nos veías con rencor, a veces con coraje de haberte encontrado a ti primero. Tu rostro expresaba desesperación, tus enaguas y piernas empujaban la angustia, pero ese rostro estaba diariamente en tu esencia y los niños hasta comenzaban a espantarse.

Todo es un juego, les decía a los niños. Tu mami está fatigada, les decía. Hasta yo me creí que todo era un juego permanente en el que solo tu sabías jugar, y tú eras la dictadora de ese cóncavo mundo desentendido. Después seguías con las adivinanzas, y quien no ganaba era seve-

³ La tragedia es ocasionada por el azar, selecciona a cualquiera permanentemente sin escrúpulos; juega a cortar el mundo, a sacudir las ramas esperando que caigan por sí solas las marchitadas hojas del infortunio.

ramente excluido de la sala y la comida, sin agua para bañarse ni para tomar. Sin luz en el cuarto, sin salir de la propia casa, sin hablar con alguien más que no fuera entre ellos mismos. No puedo, incluso hasta este instante, saber qué ocurría internamente en nuestras inconciencias, pues era inexplicable la ineficacia de nuestras mentes, no sé si ya no éramos cuerdos o nunca lo fuimos.

De por sí, recuerdo ahora, que deliramos mucho frente a la playa, nuestras respiraciones cantaban al unísono de las olas a tan alta hora de la vida y de la prematura vejez, a la distancia y a la soledad reprimida en nuestra infancia. Pero al mismo tiempo yo no recuerdo la mía, la proyectaba en mis hijos y también la tuya en ellos: nuestra paternidad fue aparentemente una interacción aquí-y-ahora. Nada que ver con la crianza tradicional o compasiva, nosotros no jugábamos a la pelota. No les leíamos cuentos ni nada, no les enseñamos nunca a hablar ni a contar. No recuerdo haber sido buen hijo ni padre, ni persona (pensándolo ahora). De hecho, no recuerdo haberme casado contigo, ni de haber tenido hijos o de haberme mudado. No recuerdo ni los ocho ni diez años de los niños, respectivamente. Parece que he olvidado una y otra vez las tardes y el placer que no le corresponde al orden del mundo.

No recuerdo haber abandonado a mi familia, no recuerdo haber pagado impuestos o la inscripción de los hijos, de haberlos secuestrado y luego enterrarlos vivos. No recuerdo pensar en ti y en tu quemadura, o tus quemaduras; en el fuego, o en los fuegos; en tu grito, o en los gritos; pero sí en mis manos. Fueron días, semanas y hasta meses escurridos a través de tu sangre, de tus ojos verdes putrefactos, ahora sí putrefactos, con el hedor a sal mezclado con vinagre saliendo de tu boca semiabierta. Como si fuera hace semanas que alguien te empujó por los escalones, alguien torpe y con episodios psicópatas inconscientemente ineficaces, como si ese alguien no pudiera ser ni estar, o que nunca estuvo y que tampoco estará mañana o pasado, ese alguien con aliento a tierra y a queso echado a perder.

Ese alguien pudo haber sido Jaime, (obviamente yo, pienso). Obviamente yo, digo. Obviamente ese alguien no era capaz de recordar qué fue lo que sucedió en medio de toda esta alegórica suciedad, digo, sociedad. Tal vez, esto era una fantasía si, y solo si, estuviera abnegado yo a la clarividencia disociada del desamor y de mi pobre egoísmo, pero no tengo ahora (y tal vez nunca la tuve) la certeza, y sí el sometimiento, de la ingenua creencia a la memoria de haber enfermado de psicópata.

(...)

Jaime Madrazo, sin ninguna especulación inerte a la realidad, tuvo un inspirado infarto días después, sobre la misma avenida en que se encontraba su departamento. Boca abajo, con las piernas abiertas, la izquierda estirada verticalmente y la derecha doblada en un ángulo cuasi perfecto; sus brazos no pudieron hacer algo para evitar el impacto frontal de la caída, quedando su cuerpo completamente posicionado de tal modo que formó un número cuatro sobre la banqueta. No esperaba repentina ni absurdamente el gélido mundo de la eternidad⁴, el incomprendible rezago del recuerdo, el aspaviento sólido que la soledad⁵ humana legitima en el yugo de la gente, de sus rostros cubiertos de neblina, llenos de los insoportables ojos de la Xalapa; del pulso solemne de la efervescencia, en la herida, detrás de las orejas, por debajo de los párpados.

Jaime Madrazo tuvo la afortunada coincidencia de caer tendido muerto, cerca de su departamento, erigido en la penuria y a la vista de todos para que alguien pudiera atender su cuerpo ya descompuesto socialmente, desesperanzado, inhabilitado en la profundidad de la injusticia⁶ y desigualdad, discurrendo sobre la “civilización” urbana y gentrificadora alguna vez inventada; un cuerpo ya sumergido y absorto en la falaz prosperidad de la república y la antidemocracia: su propio cuerpo era el reflejo mismo de su tragedia y la banqueta era su destino⁷.

Sin embargo, fue todo lo opuesto. Parecía padecer de ignorancia, caer en el vertiginoso caos de la inocencia y la exclusión. Entonces ahí ya muerto comprendió la inercia de la nostalgia propia, del pernicioso mundo exasperante. Su cuerpo no podía distinguirse de entre las bolsas de plástico, el pasto sin podar en las orillas de las banquetas; de las huellas de los perros petrificados en el concreto, del moho raquíutico y del vaho hirviendo en el rostro de las cucarachas.

4 Sentarse sobre la sombra ostentosa de una palmera. Mirar la inercia del mar alejándose y acercándose pasivamente, quedar absorto y extasiado en el cateto de la tarde, caer por la hipotenusa y morir ahogado.

5 Dícese, dieces, dice ese, de aquel que no se reconoce en ningún sustantivo y, *ergo*, no existe, no puede encontrarse en ningún hoy ni en ningún mañana, no hay espacio pretérito en el que se proyecte o conciba. No tiene un alter que corresponda a su ego: una doble contingencia: no amar y no ser.

6 Democracia. Vida sesgada y discriminada. Pueblos “indígenas”. Población excluida y segregada de sus derechos. Las tortillas y el kilo de huevos cada día más costosos. Un ojo de la cara, un brazo. Corrupción. Echando a perder se aprende. “Calladita te ves más bonita” dice la ineptitud del patriarcado. Trabajar es injusto: precariedad laboral. El pseudoseguro pseudosocial. Los roles de género. Ser el hermano mayor. Ser huérfano, ser migrante. Ser poeta durante la noche y no poder morir de ausencia.

7 Contemplarse a través de los ojos de una mujer y disgregarse. Dominar el azar, atraer a la muerte. Chocar en la intersección de una esquina con alguien que venía por el otro lado. Nacer, remorir.

La gente pasaba, tal vez asustada, tal vez creyendo que era una mancha en la inmóvil calle, el smog penetrando la resistencia de las piedras y los árboles, tal vez pensando que era un hule tácito abandonado como una cáscara enorme de asfalto. La gente seguramente no sabía si quiera que ellos mismos realmente caminaban, que tenían piernas y goznes de penumbrosas arterias madurando y pudriéndose simultáneamente.

Ya muerto, Jaime Madrazo, sobre la lívida explanada del limbo, palpaba los hombros de Lucero, más deslumbrante que nunca, más verdes sus ojos que las hojas de plátano que los tapaban a ambos lados del sol de la Costa Grande, sublevando su imaginación y el fervor romántico de las primaveras recordadas. En sus ojos se prolongaban su vida y su muerte, se atenuaba la razón, la disquisición de sus secretos, la sutileza de su ensoñación y su distopía: ficción encarnada en el espejismo de su delirio.

De ese modo, entonces, palpaba el escote de Lucero, amasaba sus glúteos, sin poner mucha atención en sus labios ni en su diáfana voz perforada por la memoria⁸. Le comenzaba a ceñir el cuello con ambas manos precipitando la asfixia. Jaime, ya estando muerto sabía que no era una ilusión ni una experiencia extracorporal, cercana a la muerte o lejana. Él era completamente consciente, si es que ya estando muerto pudiera tener consciencia de algo que tuvo en vida, de que era un recuerdo. Alguna vez Jaime le declaró su amor a Lucero permanentemente:

quiero que sepas Sotito, que tu risa, tu cabello; la quemadura cerca de tu espalda; el espontáneo cambio de tu voz diurna a la taciturna, tus vestidos largos y rutilantes, tu madurez, tu sosegado modo de caminar sobre las tardes, sobre los puentes, tu paulatino canto y gusto por la música tropical y cristiana, tu ligera pero violenta ignorancia paulatinamente tormentosa me hacían la persona más feliz y especial, que no pude soportarlo, Sotito. Perdóname.

Y eso fue más que cualquier otra declaración de amor que nunca habían podido decirse anteriormente. Y eso fue más que un Jaime así consciente de la plenitud de su torpeza y su frenético anatema. Se sabía excomulgado de este mundo por eso, por arrebatarse a sí mismo lo que más amó en el

8 Perniciosa planta seca. Fotografías a blanco y negro. Opacidad. Sarro en los dientes. Llaves perdidas en alguna parte de la casa. Espejos empañados después de bañarse. Tapa del dentífrico destapado. Hoja en blanco. Maceta regada. Fotografías recortadas en la cabeza de alguien. Clarividencia. Cáscara de frijol en el diente. Foco encendido. Cartulinas escolares. Estufa prendida. Av. 20 de noviembre. Primera vez andando en bicicleta. Hacer el nudo a las agujetas. Cortarse el cabello. Leche hervida tirándose fuera del recipiente. Familiares fallecidos.

mundo y en su realidad. Sin embargo, estando muerto, supo que nunca estuvo muerto, que nunca había sido feliz, porque nunca se había sentido vivo ni tampoco despierto ni estúpido ni guardia de cuarenta y ocho por cuarenta y ocho, que casi nada tiene que ver en la historia. Pero le gustaba olvidarse de la naturaleza de sus divagaciones adocenadas y cada vez más o menos mediocres y ligeras.

Se sabía él de pronto en la plenitud de su crepúsculo, que había matado a su esposa, y que sus hijos sí fueron sus hijos algún tiempo, pero no aquellos que perdió, pues en realidad no hay evidencia extravagante que le diga desesperadamente qué habrá sucedido con ellos. Piensa, que no tendrá la convicción de haberlos visto crecer, solo de un momento a otro ya no estaban y entonces, solamente por esa falsa falacia, comprendió que en verdad sí los perdió y en verdad sí habían secuestrado a otros hijos para hacer llenar ese hueco insólito de su tragedia.

Y en verdad su figuración del mundo en espejismos y ficciones era turbulento, carecía de inocencia y pecaba de pecados. Todo era real, incluso su muerte, y la de su esposa, incluso su fantasma proponiendo el espejismo delirante del pánico en su vecindario, el cuerpo conmovido frente a los escalones, el número cuatro en la banqueta, incluso el pavor que provocaban los sollozos cubiertos de neblina de ojos gélidos erguidos en la madrugada y en la pobre lucidez de la ciudad. Pero ya estando muerto finalmente, encima de toda miseria y de toda locura, Jaime había encontrado una razón para volver a estar preocupado de nuevo: se acababa de quedar sin trabajo.

Copyright (c) 2024 Carlos Gabriel Chávez Reyes.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)

Usted es libre de:

1) Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. 2) Adaptar — remezclar, transformar y construir a partir del material para cualquier propósito, incluso comercialmente, siempre que cumpla la condición de: Atribución — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.